

la literatura venezolana. Asimismo la importantísima serie de índices de revistas literarias realizados por la Universidad Católica Andrés Bello. Modelos de monografías bibliográficas de autor son las publicadas por la Academia Nacional de la Historia.

Del *Ensayo de un repertorio bibliográfico venezolano* muy fácil resulta, por la sencillez de la estructura, su manejo. Tiene entrada única por autor, y si anónima por el título, cada libro o folleto reseñado porta, por lo general, un comentario y algunas veces una exposición detallada de su contenido. A vuela pluma calcúlense unos seis mil títulos registrados.

La intelectualidad venezolana está de júbilo. Cuando aparece un enjundioso trabajo como el presente debe alzarse la rebosante copa de palabras emocionadas para saludarlo. Dignifica los estudios humanísticos en Venezuela la bibliografía de Villasana.

## “LOS PRESIDENTES DE VENEZUELA”

Por R. J. LOVERA DE-SOLA

Dentro de su concepción de la historia de nuestro país, siguiendo las líneas interpretativas expuestas en sus libros, Guillermo Morón ha acometido un estudio sobre los hombres que han regido los destinos de Venezuela desde la Independencia. Esa obra es *Los Presidentes de Venezuela. 1810-1979*, (Caracas: Meneven, 1979. 355 p.).

Como marco general para la lectura de *Los Presidentes* . . . se deben tener en cuenta las observaciones que teje Morón en la introducción: su idea de las culturas indígenas, su opinión que durante los tres siglos coloniales fuimos provincias de España. Señala que a partir de 1810, quienes vivimos en esta tierra, fuimos primero venezolanos (1811-19), luego colombianos (1819-30) y a partir de 1830 nuevamente venezolanos. Anota Morón que en las centurias anteriores a la emancipación (1492-1810) “nos mantuvimos culturalmente españoles” (p. 19), que la ciudad fue el corazón de nuestra vida cotidiana, que “entre 1830 y 1935 desaparece la ciudad como centro de esa vitalidad histórica” (p. 20). Que a partir de 1848 (enero 24) se establece el “personalismo dictatorial” (p. 21). Y por fin asienta que nuestra historia contemporánea se inicia en 1936 (p. 22).

En *Los Presidentes* . . . nos ofrece Morón tanto el estudio de las figuras de los Magistrados como su iconografía. No es de todas formas un trabajo sobre las presidencias —lo cual hubiera implicado un volumen mucho mayor o varios— sino la presentación de la figura humana de cada Presidente. Es decir encontrará quien lea este libro el perfil, la silueta, los rasgos, de cada uno de estos personajes. O como dice Morón “Aquí sólo se muestran . . . los rostros de los Presidentes” (p. 24) y sigue, en la página siguiente, “Aquí no se califica la obra. Apenas se señala el nombre, se traza la semblanza, se pone en derecha la continuidad histórica de la Primera Magistratura” (p. 25).

Antes de entrar de lleno en el examen biográfico de cada uno de estos hombres explica Morón que desde 1786 “la autoridad está en las manos de un Magistrado que es Presidente de la Real Audiencia, Capitán General de todas las Provincias, Gobernador de Venezuela” y remacha su argumentación al escribir “En la práctica aquí nació el poder central venezolano” (p. 17). De ese ejercicio del poder surge nuestro presidencialismo el cual es cada día más pronunciado. Práctica que se inicia desde el momento que en 1811 (marzo 5) se nombra en nuestro país el primer ejecutivo (p. 32).

Pero también ante la institución presidencial surge esta otra interrogante que Morón no vacila en hacer: “¿Será realmente así de sencillo, que los ciudadanos Presidentes soportan toda la carga? ¿No serán, más bien, portaestandartes de cada tiempo histórico?” (p. 25).

Quisiéramos detenernos en algunos de los trazos biográficos que Morón nos ofrece en *Los Presidentes*. . . El dedicado a Simón Bolívar está dedicado a demostrar que el Libertador sí fue Presidente de Venezuela. Morón enumera los títulos y fechas de su acción: Jefe Supremo (1813-14, 1816-19), Presidente de un gobierno de facto (1819), Presidente de Venezuela en 1819 —en plena guerra—, Presidente de Colombia (1819-30). El problema con Bolívar Presidente no es que se dude que éste haya sido Jefe del Ejecutivo sino que su faena fundamental durante la mayor parte de aquellos años fue la contienda bélica. Durante ese tiempo quienes dirigen el gobierno son otros —Roscio, Zea, Santander—. En 1824 el Congreso Granco lombiano le suspende las facultades extraordinarias que le había otorgado para hacer la guerra en el Sur (p. 50). Ese año Bolívar renuncia a la Presidencia. Volverá al Gobierno en 1827. Pero durante los días de la guerra Bolívar interviene, desde lejos, con sus ideas, con sus proyectos constitucionales, con sus concepciones sobre educación, con sus directrices para la diplomacia, pero no gobierna. Otros lo hacen por él. A veces contra él. Por ello sí estamos de acuerdo con Morón cuando apunta que Bolívar “Hizo la guerra, perfiló la paz, creó Estados, modeló pueblos” (p. 51).

Con José María Vargas se presenta ante nuestros ojos el drama de la política y la cultura. No pudo terminar su período este hombre singular porque los caudillos se lo impidieron. Por ello escribe Morón que “Ni José María Vargas. . . ni Rómulo Gallegos. . . pudieron gobernar. Resulta. . . que Rafael Caldera es el primer hombre de cultura intelectual profunda. . . en realizar tarea de gobierno desde la Primera Magistratura” (p. 319).

En otros Presidentes habría que fijarse: en José Tadeo Monagas quien logra hacer crisis la idea democrática al conducir “la acción del 24 de enero contra el Congreso, un posible delito colectivo bien dirigido por el Presidente” (p. 101). Se detiene ante Manuel Felipe de Tovar el primer Magistrado electo por votación directa pero como dice “elecciones, llevadas a cabo como Dios quiso, en medio de la feroz contienda” (p. 127). El país vivía en plena guerra federal. De allí que el primer Presidente electo por votación directa fuera el Maestro Gallegos. Y por fin sobre Betancourt no vacila en escribir que se trata de la “presencia política personal de mayor relieve y a más largo plazo, en la historia contemporánea” (p. 297). Lo considera el cuarto caudillo de nuestra Historia (p. 303). Los otros tres fueron Páez, Guzmán Blanco y Gómez.

New York City

Invierno/1980